

PALABRAS JCE BIENVENIDA AL ACTO DE ALEJANDRO OTERO

JUAN CARLOS ESCOTET

Lunes 16 de marzo de 2009

Ciertos hombres están destinados a recibir una admiración muy destacada. Quiero decir que, entre los muchos hombres y mujeres que cada quien tiene la ocasión de admirar en su vida, hay personas que llegan muy adentro de uno por razones que no siempre podemos explicarnos. Admirar es, en última instancia, un privilegio al que todos tenemos derecho, y que cada quien ejerce con plena libertad.

Es frecuente que, en la mayoría de los casos, nos sumemos al reconocimiento colectivo que los ciudadanos notables alcanzan en la opinión pública. Pero a veces ocurre que hay ciertas individualidades que nos conmueven de manera especial, nos interesan con mayor proximidad, como si el reconocimiento que les profesamos tuviera una composición más interior, como si nuestra percepción de ellos estuviese matizada y estimulada por nuestra visión del mundo.

Todo esto no es sino el preámbulo para decir que mi admiración por Alejandro Otero es pública pero también tiene un carácter privado. Está hecha de elementos de los que puedo hablar fluidamente, pero también de otros que me costaría más expresar, porque provienen de muy adentro de mí.

Y es que a lo largo de los años mi percepción del hombre y de su trabajo, de la humanidad y de la obra se ha ido enriqueciendo, primordialmente, porque más que un puro y gran artista, que lo fue sin lugar a dudas, Otero fue un hombre de múltiples dimensiones, un ser humano amplísimo y generosísimo, un estudioso de la pintura y el arte, un hombre de ideas, un sempiterno preocupado por el sentido que deberían tener las instituciones culturales, un venezolano que llevaba a Venezuela como un dolor en el pecho, y un ser humano pródigo y solidario, brillante y siempre atento a las necesidades que se le planteaban a otros artistas.

Estoy aquí para recordar la figura única de Alejandro Otero, y para darles la bienvenida a esta su casa, Ciudad Banesco. Esta noche inauguramos lo que podría llamarse un pequeño festival cultural en torno a la figura de Alejandro Otero, que incluye proyecciones cinematográficas, una exposición de 46 dibujos que se propone mostrar el camino creador del artista hacia sus esculturas monumentales y, algo que nos llena del mejor orgullo, tenemos la presentación del volumen Memoria crítica, que reúne la obra escrita de Alejandro Otero, y que

debemos al empeño profesional, prolongado por años, de Luisa Pérez Gil y Douglas Monroy.

Pero no es a un programa cultural organizado en Ciudad Banesco, el motivo principal, el signo de la bienvenida que quiero darles. No. Mi deseo es incitarlos, invitarlos a pensar en la condición integral, y sobre todo íntegra, que fue la vida de Alejandro Otero.

Si para Banesco ha sido un honor prestar su apoyo para hacer posible la publicación de este libro, lo ha sido por lo que esos textos de Alejandro Otero revelan: un ser con una profunda pasión por el estudio y las ideas; un disciplinado que no dejó nunca llevarse por el azar y la improvisación; un trabajador afiebrado, un individuo volcado responsablemente sobre los planteamientos estéticos que había creado.

Pero no sólo eso: Alejandro Otero fue un hombre que no aceptó nunca fáciles acomodos ni soluciones obvias; que debatió de modo frontal cada vez que le pareció pertinente; que llamaba las cosas por su nombre; que le plantó cara a burócratas y aprovechados en decenas de oportunidades; que defendió con argumentos lúcidos y transparentes, el por qué de sus actuaciones, tanto en Venezuela como en las temporadas en que vivió fuera; que levantó su voz en cada ocasión en que los asuntos del país le urgían un criterio o una opinión; que incluso, frente a los amigos y a gente que le era entrañable, no dudó nunca en mostrar sus disidencias y desacuerdos.

Fue, en esencia, un hombre de coraje. Pero no de cualquier coraje, sino de ese peculiar coraje que consiste en avanzar sobre los más complejos problemas con los que puede encontrarse un artista, como los asuntos de la ética y la estética de la creación. Se atrevía. Avanzaba sobre la oscuridad. Ante los asuntos más complejos como la forma, el color y la luz, no hizo nunca silencio, convencido de que era su deber tomar posición ante ellos. Era tal su dignidad, que el 11 de julio de 1990, cuando apenas faltaban tres semanas para su muerte, publicó en el Diario El Nacional un artículo sobrecogedor, Solo quisiera ser puntual, en el que habla de sus ánimos y preparativos para su inminente partida.

Del mismo modo que no será posible escribir una biografía de Alejandro Otero sin analizar a fondo los contenidos de estos escritos reunidos en Memoria crítica, no podremos acceder a la humanidad, a la pasión orgánica de su vida, al despliegue y brillo de sus pensamientos, al amorosísimo trato con que obsequiaba a sus colegas artistas, sin leerle a fondo, porque, lo repito, Alejandro Otero no fue simplemente un artista plástico, sino que fue un intelectual de fuste, un prosista

admirable y cristalino, por mucho que él mismo afirmara alguna vez que no tenía facilidad para escribir.

Y es en virtud de estas consideraciones, por el respeto que el nombre de Alejandro Otero nos convoca, que esta noche, a título personal y a nombre de toda la comunidad Banesco, deseo expresarles nuestra gratitud por haber venido y acompañarnos en este acto que tiene para nosotros una gran significación. Nos honra que la admiración que sentimos por quien fue un venezolano de excepción, no sea sólo un asunto nuestro, sino que cuente con la solidaridad y la adhesión de cada uno de ustedes.

Muchas gracias